AUTOBIOGRAFIA

DE

SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE

5ª Edición

COPIADA TEXTUALMENTE
DE LA QUE DEJO MANUSCRITA ELLA MISMA
POR ORDEN DE SU DIRECTOR EL P. ROLIN, S.J.

TRADUCIDA POR EL PADRE

ANGEL SANCHEZ TERUEL

DE LA
COMPAÑIA DE JESUS

AUTOBIOGRAFIA

DE

SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

Nihil obstat:
Dr. TOMAS SANCHEZ PEINADO
Penitenciario de la S.I.C.
Censor

Imprimatur:
Dr. JOSE MARIA GARCIA LAHIGUERA
Obispo Auxiliar de Madrid-Alcalá.
Vicario General

ISBN: 84.7770-638-7
D.L.: Gr. 1761-2003
Impreso en España - Printed in Spain

1. Margarita escribe por obediencia

Por sólo vuestro amor es por lo que me someto a la obediencia de escribir esto, pidiéndoos perdón de mi resistencia a ejecutarlo. Pero como nadie conoce, sino Vos, la grandeza de la repugnancia que siento al hacerlo, nadie puede, sino Vos sólo, darme fuerza para vencerla. Recibo esta obediencia como de parte vuestra, cual si quisiérais castigar así el exceso de mi gozo y de las precauciones que había tomado para seguir la grande inclinación que siempre tuve de sepultarme en un eterno olvido de las criaturas. Porque cuando ya había obtenido las promesas de las personas que, a mi parecer, podían contribuir a esto, y había quemado cuanto por obediencia escribí, es decir, lo que habían dejado en mi poder, me fue comunicado este mandato.

¡Soberano Bien mío, haced que nada escriba sino lo que haya de ser para vuestra mayor gloria y mi mayor confusión!

2. Horror al pecado. Voto de castidad

Unico amor mío, ¡cuánto os debo por haberme prevenido desde mi más tierna edad, constituyéndoos dueño y poseedor de mi corazón, aunque conocíais bien la resistencia que había de haceros!

No bien tuve conciencia de mí misma, hicisteis

ver a mi alma la fealdad del pecado, que imprimió en mi corazón un horror tal, que la más leve mancha me era tormento insoportable; y para refrenar la vivacidad de mi infancia, bastaba decirme que era ofensa de Dios; con esto contenían mi ligereza y me retraían de lo que ansiaba ejecutar.

Sin saber lo que hacía, me sentía continuamente impulsada a decir estas palabras:

«Dios mío, os consagro mi pureza y hago voto de perpetua castidad». Un día las dije entre las dos elevaciones de la Santa Misa, que de ordinario oía con las rodillas desnudas en tierra, por frío que hiciese (1). No comprendía lo que había hecho, ni lo que quería decir la palabra *voto,* ni tampoco esta otra, *castidad.*

Toda mi tendencia era ocultarme en algún bosque, y nada me detenía sino el temor de encontrar hombres en aquel sitio.

3. Protección de la Santísima Virgen

La Santísima Virgen tuvo siempre grandísimo cuidado de mí; yo recurría a ella en todas mis necesidades y me salvaba de grandísimos peligros. No osaba dirigirme a su Divino Hijo de modo alguno, sino siempre a Ella, a la cual ofrecía el rosario hincadas las rodillas desnudas en tierra, o haciendo tantas genuflexiones y besando tantas veces el suelo cuantas Avemarías rezaba.

---

(1) Según la tradición, este voto se hizo en la capilla del castillo de Corcheval, donde la señora Fautières invitaba a veces a su ahijada. La casa solariega de los Alacoque distaba unos 5 kilómetros del castillo que existe aún.

4. Muerte de su padre: 1655

Perdí a mi padre niña aún; y como era la única hija (1), y mi madre, encargada de la tutela de sus cinco hijos, paraba muy poco en casa, me crié por este motivo, hasta la edad de unos ocho años y medio, sin más educación que la de los domésticos y campesinos.

5. Primera comunión, en las Clarisas de Charolles

Me llevaron a una casa religiosa, donde me prepararon a la primera comunión cuando tenía unos nueve años, y esta comunión derramó para mí tanta amargura en todos los infantiles placeres y diversiones, que no podía hallar gusto en ninguno, aunque los buscase con ansia, pues al punto que quería tomar parte en ellos con mis compañeras, sentía siempre algo que me separaba de allí y me impelía hacia algún rinconcito, sin dejarme reposar hasta que lo hubiese ejecutado. Allí me precisaba a ponerme en oración, pero casi siempre postrada o con las rodillas desnudas en el suelo, o haciendo genuflexiones con tal que no me vieran, pues sufría un extraño tormento cuando así me encontraban.

Tenía vivas ansias de hacer todo lo que veía practicar a las religiosas, considerándolas a todas como santas y pensando que, si fuese religiosa, llegaría a ser como ellas. Por lo cual se apoderó de mí tan grande ansia de serlo, que a esto solo aspiraba.

---

(1) Su hermana mayor Gilberta, nacida en 1649, había muerto en 1655.

Aunque no eran, a mi parecer, de bastante retiro para mí, como no conocía otras, juzgaba que debía quedarme en su convento.

6. Larga enfermedad curada por la Santísima Virgen

Pero caí en un estado de enfermedad tan deplorable, que pasé como unos cuatro años sin poderme mover. Los huesos me rasgaban la piel por todas partes, y por esta causa no me dejaron allí más que dos años.

No pudo hallarse, en definitiva, otro remedio a mis males que el de consagrarme con voto a la Santísima Virgen, prometiéndole que, si me curaba, sería un día una de sus hijas. Apenas se hizo este voto, recibí la salud acompañada de una nueva protección de esta Señora, la cual se declaró de tal modo dueña de mi corazón, que, mirándome como suya, me gobernaba como consagrada a ella, me reprendía mis faltas y me enseñaba a hacer la voluntad de Dios. Me sucedió una vez, que estando rezando el rosario sentada, se me presentó delante y me dio tal reprensión, que aunque era aún muy niña, jamás se ha borrado de mi mente.

«Hija mía, me admiro de que me sirvas con tanta negligencia».

Tal impresión dejaron estas palabras en mi alma, que me han servido de aviso para toda mi vida.

7. Período de disipación

Recobrada la salud, no pensé ya sino en buscar

mi contento en el goce de mi libertad, sin darme gran cuidado el cumplimiento de mi promesa. Mas, ¡oh Dios mío!, no pensaba entonces lo que después me habéis hecho conocer y experimentar, y es que, habiéndome engendrado con tantos dolores vuestro Corazón en el Calvario, no podía sostener la vida que me habíais concedido, sino con el alimento de la Cruz que sería mi manjar delicioso.

He aquí cómo pasó: Apenas comencé a gozar de plena salud, me fuí tras la vanidad y el afecto de las criaturas, halagándome el que la condescendiente ternura que por mí sentían mi madre y mis hermanos me dejase en libertad para algunas ligeras diversiones y para consagrar a ellas todo el tiempo que deseara. Pero bien me hicisteis conocer, Dios mío, que andaba muy errada en mis cálculos, pues los había hecho según mi propensión, naturalmente inclinada al placer; mas no según vuestros designios, tan diferentes de los míos.

8. Persecución doméstica

Mi madre se había despojado de su autoridad en casa para transmitirla a otros; y de tal manera la ejercieron, que nunca nos vimos, ni ella ni yo, en más dura cautividad (1).

No es mi ánimo ofender a esas personas en cuanto voy a referir, ni creer que obrasen mal haciéndo-

---

(1) La señora confiando la administración y explotación de sus propiedades a su cuñado Toussaint Delaroche, había quedado reducida a la condición de "huéspeda" en la casa propiedad común de los Delaroche Alacoque.

me padecer (líbreme Dios de tal pensamiento), sino solamente mirarlas como instrumentos de que se valía el Señor para cumplir su santa voluntad.

No teníamos, pues, autoridad alguna en casa, ni osábamos hacer nada sin permiso. Era una guerra continua y todo estaba bajo llave, de tal modo, que con frecuencia ni aún hallaba con qué vestirme para ir a Misa, si no pedía prestados cofia y vestido. Entonces fue cuando comencé a sentir mi cautiverio, en el cual tan adentro penetré, que nada hacía, ni aun salía de casa, sin el permiso de tres personas. (1)

Desde este tiempo todos mis afectos se dirigiron a buscar mi completa dicha y consolación en el Santísimo Sacramento del altar. Pero hallándome en un pueblo distante de la iglesia, no podía ir a ella sin el permiso de esas personas, y acontecía que cuando quería una, la otra me negaba su permiso; y muchas veces, cuando demostraba mi dolor con el llanto, me echaban en cara que era porque habría dado cita a algunos jóvenes y sentía mucho no poder ir a su encuentro, bajo el pretexto de oír Misa o ir a la bendición del Santísimo. ¡Y yo que tenía en mi corazón un horror tan grande a todo esto, que hubiera consentido ver desgarrar mi cuerpo en mil pedazos antes de abrigar tal pensamiento!

Esta fue la época en que, no sabiendo dónde refugiarme, sino a un ángulo del jardín o del establo u otro lugar secreto en el cual pudiera arrodillarme y

---

(2) Estas tres personas, a quienes Margarita por caridad no cita por sus nombres, eran su abuela paterna Juana Delaroche, viuda de Claudio Alacoque; su tía paterna Benita Alacoque, casada con Toussaint Delaroche, y la madre de éste Toussaint, Benita Meulín, y tía abuela paterna de Margarita. A esta última le decía "la de Chappendye", del nombre de su pueblo.

derramar los afectos de mi alma con mis lágrimas en la presencia de Dios, por medio de la Santísima Virgen, mi buena Madre, en la que había puesto toda mi confianza, permanecía allí días enteros sin comer ni beber.

Esto era lo ordinario; a veces algunas pobres gentes del pueblo me daban por compasión un poco de leche o fruta hacia la tarde. Después, cuando volvía a casa, era tal mi miedo y temblor, que me parecía ser una pobre criminal caminando a oír su sentencia; y antes que vivir así, me hubiera tenido por más dichosa yendo a mendigar un pedazo de pan, pues con frecuencia no osaba tomarlo de la mesa. En el momento en que entraba, comenzaba la batería con mayor fuerza, diciéndome que no había tenido cuidado del arreglo de la casa y de los niños de aquellas amadas bienhechoras de mi alma; y sin permitirme hablar una sola palabra, me ponía a trabajar con los criados. Después de esto, pasaba las noches, como había pasado el día, vertiendo lágrimas a los pies de mi Crucifijo, el cual me manifestó, sin que yo comprendiese nada, que quería ser el dueño absoluto de mi corazón y hacerme en un todo conforme a su vida dolorosa, y a este fin quería constituirse Maestro mío, haciéndose presente a mi alma para obligarme a obrar como El en medio de sus crueles dolores, dándome a conocer que los había sufrido por mi amor.

9. Ecce Homo. Amor al sufrimiento

Quedó desde entonces tan impresionada mi alma, que desearía no cesasen ni por un momento mis

penas. Porque después le tenía siempre presente bajo la forma de un Crucifijo o de un Ecce-Homo llevando su cruz, lo cual imprimía en mí tal compasión y amor de los sufrimientos, que todas mis penas me parecían ligeras comparadas con el deseo que sentía de sufrirlas para conformarme con mi Jesús paciente. Y me afligía al ver que aquellas manos que se levantaban a veces para herirme, estaban detenidas y no descargaban sobre mí todo su rigor.

Me sentía continuamente impulsada a prestar toda clase de servicios y obsequios a estas personas, verdaderas amigas de mi alma, y a sacrificarme por ellas gustosa, no teniendo placer mayor que hacerles bien y hablar de ellas todo lo mejor que podía. Pero no era yo quien hacía todo lo que escribo, y escribiré bien a mi pesar, sino mi Soberano Maestro, que se había apoderado de mi voluntad y no me permitía quejarme, ni murmurar, ni tener resentimiento con esas personas, ni aun tolerar que me tuvieran lástima y compasión, diciéndome que El había obrado así, y quería que, cuando no pudiese impedir me hablasen de esto, les diese toda la razón y echase sobre mí la culpa, añadiendo, como era verdad, que mis pecados merecían otros muchos castigos.

10. Repugnancia de escribir su vida. El Señor le manda hacerlo

Mas en la extrema violencia que necesito hacerme para escribir esto, que había tenido siempre oculto con tanto cuidado y precaución para lo porvenir, aún procurando no conservar idea alguna en

mi memoria para dejarlo todo en la de mi buen Maestro, le dí mis quejas por la grande repugnancia que sentía; pero El, fijando mi atención, me dijo:

«Prosigue, hija mía, prosigue, que ello ha de ser, ni más ni menos, a pesar de todas tus repugnancias es necesario que mi voluntad se cumpla».

Mas, ¡ay de mí, Dios mío! ¿cómo he de acordarme de lo que pasó hace ya cerca de veinticinco años?—.

«¿No sabes que soy la memoria eterna de mi Padre Celestial, que jamás olvida cosa alguna, y ante la cual lo pasado y lo futuro son como el presente? Escribe, pues, sin temor todo, según te lo dictare, que te prometo derramar en lo que escribas la unción de mi gracia, a fin de ser por este medio glorificado.

Primeramente quiero esto de tí, para hacerte ver que me gozo inutilizando todas las precauciones que te dejé tomar para ocultar la profusión de las gracias, con las cuales tuve el gusto de enriquecer a una tan pobre y débil criatura como tú, cuyo recuerdo jamás debes perder, a fin de rendirme por ellos continuas gracias.

En segundo lugar, para enseñarte que no te debes apropiar esas gracias, ni ser mezquina en distribuirlas a los demás, ya que he querido servirme de tu corazón como de un canal, con el fin de repartirlas, según mis designios, en las almas, muchas de las cuales serán retiradas por este medio del abismo de perdición, como te haré ver en adelante.

Y en tercer lugar, para hacer ver que soy la verdad eterna, que no puede mentir; que soy fiel a mis promesas, y que las gracias que te hice, pueden resistir todo género de exámenes y de pruebas».

Después de estas palabras me hallé tan fortalecida, que no obstante mi gran pena de que se lea este escrito, me resolví a continuar a toda costa para cumplir la voluntad de mi Soberano Maestro.

11. Enfermedad de su madre

La más áspera de mis cruces era el no poder suavizar las de mi madre, para mí cien veces más duras de soportar que la propias, si bien no le daba el consuelo de hablarme de ellas, temiendo ofender a Dios con el placer de comunicarnos nuestros sufrimientos. Pero en sus enfermedades era cuando mi dolor llegaba al extremo; porque entregada por completo a mis pobres cuidados y servicios, sufría mucho, tanto más, cuanto que a veces se hallaba todo cerrado con llave, y me era preciso ir a mendigar hasta los huevos y otras cosas necesarias a los enfermos. No era esto pequeña aflicción para mi natural tímido, aun pidiéndolo en casas de campesinos, pues me decían no pocas veces más de lo que hubiera deseado.

En una erisipela que tuvo en la cabeza, de una hinchazón, inflamación y dureza horribles, que la ponía a las puertas de la muerte, se contentaron con hacerla sangrar por un pobre cirujano de pueblo que por allí pasaba, el cual me dijo que sin milagro

no podría vivir. Nadie se afligió ni se molestó por esto, a no ser yo, que no sabía dónde acudir ni a quién dirigirme, sino a mi asilo ordinario, la Santísima Virgen y mi Soberano Maestro.

En las angustias en que continuamente me hallaba sumergida, en medio de las cuales no recibía sino burlas, injurias y acusaciones, no sabía dónde refugiarme. Habiendo, pues, ido a Misa el día de la Circuncisión de Nuestro Señor, para pedirle que se dignase ser El mismo el médico y el remedio de mi pobre madre, y enseñarme a mí lo que debía hacer, lo ejecutó con tanta misericordia, que a mi vuelta encontré reventada la mejilla con una llaga casi tan ancha como la palma de la mano, la cual despedía un hedor insoportable y nadie quería acercarse a la enferma. No sabía yo curar llagas, y antes ni aun podía verlas ni tocarlas; para ésta no tenía más ungüento que el de la Divina Providencia, y todos los días cortaba mucha carne podrida. Me sentí con tal valor y confianza en la bondad de mi Soberano, el cual parecía hallarse siempre presente, que al fin en pocos días se curó, contra toda humana esperanza.

Durante todo el tiempo de sus enfermedades ni me acostaba ni apenas dormía; comía muy poco y pasaba las noches frecuentemente sin tomar alimento. Pero mi Divino Maestro me consolaba, y sustentaba con una conformidad perfecta con su voluntad santísima. No dirigiéndome sino a El en todo cuanto me pasaba, le decía: «Mi Soberano Maestro: si Vos no lo quisiérais, no sucedería esto; pero os doy gracias de haberlo permitido para hacerme semejante a Vos».

12. Atractivo por la oración

En medio de todas estas cosas, me sentía atraída tan fuertemente a la oración, que me atormentaba mucho el no saber, ni hallarme en disposición de aprender cómo había de hacerla, no teniendo trato ni conversación alguna con personas espirituales, y no sabiendo de ella otra cosa más que esta palabra: *oración,* que me arrebataba el alma.

Mas habiéndome dirigido a mi Soberano Maestro, me enseñó cómo quería que la hiciese, y me ha servido para toda mi vida. Me hacía postrar humildemente en su presencia para pedirle perdón de cuanto le había ofendido, y lüego, después de haberle adorado, le ofrecía mi oración sin saber aún sobre qué había que hacerla. Entonces se me presentaba El mismo en el misterio en que quería le considarase, y atraía tan fuertemente mi espíritu, teniendo en El absortas mi alma y todas mi potencias, que no sentía distracción alguna, sino mi corazón consumido por el deseo de amarle, lo cual me producía una insaciable ansia de comulgar y sufrir.

Pero no sabía cómo arreglarme; no tenía más tiempo que el de la noche, del cual tomaba cuanto me era posible. y aunque esta ocupación me fuese más deliciosa de lo que pudiera expresar con mis palabras, no la tenía por oración, y me sentía continuamente perseguida por el deseo de hacerla, prometiendo al Señor que tan pronto como me enseñara, dedicaría a ella todo el tiempo disponible.

13. Amor al Santísimo Sacramento y deseo de la comunión

Sin embargo, su bondad me retenía con tanta fuerza en la ocupación dicha, que me disgustaron las oraciones vocales, las cuales no podía rezar delante del Santísimo Sacramento, donde me encontraba tan absorta, que jamás sentía cansancio. Hubiera pasado allí los días enteros con sus noches sin beber, ni comer y sin saber lo que hacía, si no era consumirme en su presencia como un cirio ardiente para devolverle amor por amor. No podía quedarme en el fondo de la iglesia, y por confusión que sintiese en mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera el Santísimo Sacramento.

No juzgaba felices, ni envidiaba, sino a las que podían comulgar con frecuencia, y tenían la libertad de poder quedarse ante el Señor Sacramentado: bien es verdad que allí empleaba muy mal mi tiempo, y creo que no hacía sino negarle el honor debido. Procuraba ganar la amistad de las personas de quienes he hablado más arriba, a fin de obtener algunos momento libres para dedicarlos al Santísimo.

14. Su mayor falta

Me sucedía, en castigo de mis pecados, no poder dormir las vísperas de Navidad, y como en alta voz decía el Párroco en su plática que no debían comulgar los que no habían dormido sin hacerlo antes (1),

(1) Esta creencia popular bastante extraña de que fuera necesario haber dormido antes de la misa del gallo para poder acercarse a comulgar en ella, por lo visto la compartía el párroco de Versosvres Antonio Alacoque

no pudiendo yo conseguirlo, no osaba recibir al Señor. Así, el día de regocijo era para mí de lágrimas, las cuales me servían de único alimento y placer.

¡Mas también fui culpable de grandes delitos! Pues una vez en tiempo de carnaval, estando con otras compañeras, me disfracé por vana condescendencia, lo que ha sido objeto de mi dolor y llanto durante toda mi vida, así como también la falta que cometía usando vanos adornos por el mismo motivo de complacer a las personas arriba citadas. Dios las ha hecho servir de instrumentos de su divina justicia, para vengarse de las injurias que le hice pecando, aunque siendo personas virtuosas no creyesen obrar mal en nada de cuanto pasó en nuestra conducta, y pienso lo mismo, que no obraban mal, puesto que era Dios quien así lo quería, y yo no alimentaba hacia ellas ningún descontento.

15. Confusión que experimenta al recordar este hecho

Pero, ¡ay de mí!, Señor mío, compadeceos de mi debilidad, en medio del extremo dolor y confusión que me imprimís con tanta viveza, mientras esto escribo, por haberme resistido tan largo tiempo a ejecutarlo. Sostenedme, Dios mío, para que no sucumba bajo el peso de tan justas reconvenciones. No, protesto no resistir jamás, con el auxilio de vuestra gracia, aunque debiera costarme la vida, atraerme el desprecio de todas las criaturas y armar contra mí todos los furores del infierno, para vengaros de mis resistencias. Os pido perdón de todas ellas y fuerzas

para terminar lo que de mí deseáis, no obstante la repugnancia que me haga sentir el amor propio.

16. Proyectos de casamiento

Reanudando mi narración, diré que a medida que crecía se aumentaban mis cruces. El diablo suscitaba muchos buenos partidos, según el mundo, los cuales me asediaban para obligarme a ser infiel al voto que había hecho. Esto atraía mucha gente a casa, con quien me era preciso tratar, lo que me servía de no pequeño suplicio. Por un lado mis parientes, y sobre todo mi madre, me apretaban en este punto, llorando sin cesar y diciéndome que no tenía más esperanza que en mí para salir de su miseria, teniendo el consuelo de retirarse conmigo tan pronto como estuviera colocada en el mundo. Por otro, Dios perseguía con tanto ímpetu mi corazón, que no me concedía momento de tregua, pues tenía siempre delante de mis ojos el voto, al que si llegaba a faltar, sería castigada con horribles tormentos.

El demonio se servía de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que mi madre derramaba y diciéndome que si me hacía religiosa, la mataría de pena, debiendo responder de ella a Dios, por estar completamente abandonada a mis cuidados y servicios.

Sentía un tormento insoportable, porque tan tierna y mutuamente nos amábamos, que no podíamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror a la impureza no cesaban de importunarme. Sufría con todo esto un verdadero martirio: no gozaba momento de reposo y me derre-

tía en lágrimas. No teniendo persona a quien descubrime, no sabía qué partido tomar.

Finalmente, la ternura hacia mi buena madre comenzó a sobreponerse con la idea de que, siendo aún niña cuando hice el voto, y no comprendiendo lo que era al hacerlo, bien podría obtener su dispensa.

Además de esto, temía mucho encadenar mi libertad, diciéndome que ya no podría ayunar, hacer limosnas ni tomar disciplina según mi deseo; que la vida religiosa pedía tan grande santidad en cuantos la abrazaban, que me sería imposible llegar a ella y me condenaría.

17. Lucha contra los halagos del mundo

Comencé, pues a mirar al mundo y a componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podía. Pero Vos, mi Dios, único testigo de la grandeza y duración del horrible combate trabado en mi alma, y en el cual hubiera sucumbido mil y mil veces sin un auxilio extraordinario de vuestra misericordiosa bondad, que tenía designios muy diversos de los que abrigaba mi corazón, me hicísteis conocer en ésta, como en otras muchas ocasiones, que me sería muy duro y difícil luchar contra el poderoso estímulo de vuestro amor.

Aún cuando mi malicia e infidelidad me hicieron poner en juego todas mis fuerzas e industrias para resistirle y extinguir en mí todas sus inspiraciones, fue todo en vano; porque en medio de las reuniones y pasatiempos me lanzaba flechas tan ardientes, que traspasaban mi corazón de parte a parte y le consumían, dejándome como transida de dolor. Y no

siendo aún esto suficiente para hacer soltar su presa a un corazón tan ingrato como el mío, me sentía como ligada y arrastrada con cordeles con tal fuerza, que al fin me era preciso seguir al que interiormente me llamaba a un sitio apartado, donde me hacía severas reconvenciones por estar celoso de mi miserable corazón, que sufría persecuciones espantosas. Después de haberle pedido perdón con el rostro pegado a la tierra, me hacía tomar una ruda y larga disciplina.

Pasado esto volvía como antes, a mis resistencias y vanidades; pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de Satanás, quiero decir los vanos adornos, instrumentos de su malicia, se me ponía delante mi Soberano Maestro, todo desfigurado, cual estaba en su flagelación, dándome acerbas reprensiones: que era mi vanidad quien le había reducido a tal estado; que perdía un tiempo tan precioso, del cual se me pediría una cuenta rigurosa a la hora de la muerte; que le hacía traición y perseguía después de haberme dado tantas pruebas de su amor y de su deseo de hacerme semejante a El. Estampábase todo esto tan profundamente en mi espíritu y abría tan dolorosas llagas en mi corazón, que lloraba amargamente, y me sería muy difícil expresar cuanto sufría y lo que por mí pasaba.

Ignorando qué cosa era la vida espiritual por no haber sido instruída, ni oído hablar de ella, no sabía sino lo que mi Maestro me enseñaba y me hacía practicar con su amorosa violencia.

18. Penitencias corporales

Para vengar de algún modo en mí misma las injurias que le hacía, y recuperar la semejanza y conformidad con El, aliviando así el dolor que me oprimía, ligaba con cuerdas nudosas mi miserable y criminal cuerpo, y tan fuertemente las apretaba, que apenas podía respirar y comer. Dejábalas tanto tiempo, que hallándose como enterradas en la carne, la cual llegaba a crecer encima, no podía extraerlas sino con grande violencia y crueles dolores. Lo mismo sucedía con las cadenillas o cilicios de mis brazos, los cuales, al desprenderse, llevaban consigo el pedazo de carne viva. Después me acostaba sobre una ligera tablita o sobre palos de nudos puntiagudos, con los que hacía mi lecho para reposar un poco, y tomaba, además, una disciplina, procurando hallar algún remedio a los combates y tormentos interiores, en cuya comparación parecíame un refrigerio todo sufrimiento exterior que pudiera sobrevenirme. Pues aunque todas las humillaciones y contradicciones, de las cuales he hablado antes, eran siempre continuas y aumentaban más bien que disminuían, todo esto, repito, lo tenía por un alivio al lado de mis penas interiores, para sufrir las cuales en silencio y tenerlas ocultas, como mi buen Maestro me lo enseñaba, me hacía tal violencia que nada se notaba al exterior, sino mi palidez y enflaquecimiento.

El temor de ofender a mi Dios me causaba aún mayor tormento que todo lo demás, porque me parecían mis pecados continuos y tan grandes, que me admiraba de no ver el infierno abierto bajo mis pies

para enterrar en su seno a una pecadora tan miserable. Hubiera deseado confesarme todos los días, y sin embargo no podía hacerlo sino raras veces. Parecíanme santos los que empleaban mucho tiempo en confesarse, juzgando no eran como yo, que no sabía acusarme de mis culpas. Este pensamiento me hacía verter muchas lágrimas.

19. Deseos de la vida religiosa

Pasados varios años entre todas estas penas, combates y otros muchos sufrimientos, sin otro consuelo que el de mi Señor Jesucristo, el cual se había constituído en mi Maestro y Director, revivió el deseo de la vida religiosa con tal ardor en mi alma, que me resolví a abrazarla a costa de cualquier sacrificio. Pero; ¡ay de mí! no pudo cumplirse mi deseo sino cuatro o cinco años más tarde, durante cuyo tiempo, redoblándose por todos lados mis penas y combates, procuraba redoblar también mis penitencias, según me lo permitía mi Divino Maestro.

Pues cambió mucho en su modo de conducirse, poniéndome a la vista la belleza de las virtudes, y especialmente de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y diciéndome que practicándolas se llega a ser santo. Hablábame así, porque le pedía en mis oraciones que me hiciese santa.

Como casi no leía otro libro que el de la *Vida de los Santos,* decíame al abrirle: me conviene elegir una muy fácil de imitar, para poder hacer lo que hizo, y ser santa como ella; pero me llenaba de desolación al ver que ofendía tanto a mi Dios; y pensaba que los santos no le habían ofendido como yo, o al

menos, que si algunos lo habían hecho, habían después pasado el resto de su vida en la penitencia. Con esto ardía en vivos deseos de hacerla; pero mi Divino Maestro me infundía tan gran temor de seguir mi propia voluntad, que desde entonces juzgué que nada le agradaría, aunque pudiese hacerlo, si no lo ejecutaba por amor y obediencia. Me inflamó esto en vivos deseos de amarle y de reglar por la obediencia todas mis acciones, pero no sabía cómo practicar ni lo uno ni lo otro.

Parecíame un crimen el decir que amaba a Dios, viendo a mis obras desmentir mis palabras.

20. Caridad hacia los pobres y enfermos

Le pedí me enseñase e hiciera ejecutar cuanto quería que practicase para agradarle y amarle. He aquí cómo lo cumplió.

Me infundió un amor tan tierno a los pobres, que habría querido no tener más amistad que la suya, y excitó en mi alma una compasión tan tierna de sus miserias, que, a depender de mí, me hubiera quedado sin nada para aliviarlas. Cuando tenía dinero se lo daba a niños pobres, para obligarles a venir a mi lado con objeto de enseñarles el catecismo y a tratar con Dios. Esto hacía que me siguieran, siendo tantos, a veces, que en invierno no sabía dónde colocarlos, a no ser en una sala grande, de la cual nos echaban en ocasiones. Mortificábame esto no poco, por el deseo de que nada se conociese de cuanto hacía.

Llegaron a pensar que daba a los pobres cuanto podía coger pero no habría osado hacerlo, temerosa

de robar. Así, pues, no daba sino lo que era mío, y aún no me atrevía a hacerlo sin la obediencia, viéndome obligada, para conseguir el permiso de dar lo que tenía, a hacer caricias a mi madre, la cual, como me amaba mucho, me lo concedía muy fácilmente. Cuando me lo negaba, permanecía tranquila, y después de un rato volvía a importunarla, porque no me era posible hacer cosa alguna sin permiso, y no sólo de mi madre, sino que me sujetaba a pedírselo también a los que conmigo vivían, lo cual era para mí un contínuo suplicio. Pero creía conveniente sujetarme a todos aquellos que me inspiraban mayor repugnancia, y obedecerles, para ver si podía ser religiosa.

Este andar continuamente pidiendo todos esos permisos, me atrajo grandes repulsas y mucha esclavitud, porque les dio tanta autoridad sobre mí, que no podía existir religiosa más sujeta. Más el ardiente deseo que sentía de amar a Dios me hacía superar todas las dificultades y me tornaba cuidadosa de practicar todo cuanto era más contrario a mis inclinaciones, y más repugnancia me causaba, y tan movida me sentía a ello, que me acusaba en la confesión, cuando ocurría, de no haber seguido estos impulsos.

Repugnábame en extremo ver llagas; pero me fue preciso ponerme, desde luego, a curarlas y besarlas para vencerme, y no sabía cómo arreglarme en esta operación. Mas mi Divino Maestro sabía suplir tan perfectamente todas mis ignorancias, que, aunque fuesen llagas peligrosísimas, las curaba en poco tiempo, sin más ungüento que el de su providencia. Más confianza me inspiraba su bondad, que todos los remedios exteriores.

21. Reproches de Aquel que la escogió

Era naturalmente inclinada al amor de los placeres y diversiones; pero no podía ya tener gusto en ninguno, aunque con frecuencia hiciese cuanto dependía de mí para proporcionármelos; porque la dolorosa figura de mi Salvador, que se presentaba a mi vista cual si acabase de ser azotado, me impedía tenerlo; pues me hacía estas reconvenciones, que llegaban a herirme el corazón:

> *«Y bien, ¿querrás gozar de este placer? ¡Yo no gocé jamás de ninguno y me entregué a todo género de amarguras por tu amor y por ganar tu corazón! ¿Y querrás ahora, sin embargo, disputármelo?».*

Tales palabras producían honda impresión en mi alma; pero confieso con ingenuidad que nada comprendía. ¡Tan grosera y poco espiritual era mi inteligencia! Si hacía algún bien, era porque con tal fuerza me impulsaba a ello, que no podía resistir.

Este es el grande objeto de mi confusión en todo cuanto aquí escribo, en lo cual querría poder dar a conocer cuán digna soy del más riguroso castigo eterno por mis continuas resistencias a Dios y oposición a sus gracias, y al mismo tiempo hacer ver la grandeza de sus misericordias. Parecía, en verdad, haberse empeñado en perseguirme y oponer continuamente su bondad a mi malicia y su amor a mis ingratitudes, las cuales han sido el objeto de mi más vivo dolor durante toda mi vida, por no haber sabido reconocer a mi Soberano Libertador, que tan amoroso cuidado había tenido de mí desde la cuna, y ha continuado teniéndolo siempre.

Encontrándome un día en un abismo de estupor, viendo que tantos defectos e infidelidades como en mí hallaba no eran capaces de causarle náusea, me dijo respondiendo:

«Es porque deseo hacer de ti como un compuesto de mi amor y de mis misericordias.»

22. Cristo la confía al cuidado de su Madre Santísima

Y en otra ocasión me dijo:

«Te he elegido por esposa y nos prometimos fidelidad cuando hiciste el voto de castidad. Soy Yo quien te movía a hacerlo, antes que el mundo tuviera parte alguna en tu corazón, porque lo quería enteramente puro y sin mancha alguna de aficiones terrenas y para conservármelo así quitaba toda la malicia de tu voluntad, a fin de que no pudiera corromperlo. Y después te confié al cuidado de mi Santa Madre, para que te formase según mis designios.»

Ciertamente, ha hecho conmigo las veces de una buena madre, y jamás me ha negado su socorro. A ella recurría en mis penas y necesidades, y con tal confianza, que me parecía no tener nada que temer bajo su protección maternal.

También hice voto, en este tiempo, de ayunar todos los sábados; de rezar, cuando supiese leer, el oficio de la Inmaculada Concepción, y de hacer siete genuflexiones todos los días de mi vida, rezando siete Avemarías para honrar sus siete dolores; me

ofrecí después por su esclava perpetua, suplicándole no me rehusase este título. Le hablaba con la sencillez de una niña, como a mi buena madre, hacia la cual sentía desde entonces un amor verdaderamente tierno.

23. Combate interior: los suyos y el demonio

Me reprendió severamente cuando me vió de nuevo dispuesta a sucumbir en la terrible lucha que sostenía en mi interior. Pues no pudiendo ya resistir a las persecuciones de mis parientes y a las lágrimas de una madre tan tiernamente amada, la cual me decía que a los veinte años debe una joven tomar estado, comencé a inclinarme a ese parecer.

Pues Satanás me decía continuamente: «¿En qué piensas queriendo ser religiosa? Vas a convertirte en la risa del mundo, porque de ningún modo has de perseverar; ¡y qué confusión, dejar un hábito de religiosa y salir de un convento! ¿Dónde podrás después ocultarte?» Me deshacía en lágrimas en medio de tantos asaltos, porque tenía un horror espantoso a los hombres (1) y no acertaba a resolverme; pero mi Divino Maestro, que conservaba siempre delante de mis ojos mi voto, tuvo por fin piedad de mí.

---

(1) Margarita no era un ser desnaturalizado: amaba mucho a sus hermanos los hombres y era capaz de amar a un varón. Pero lo que ella afirma es su voluntad inconmovible de no querer pertenecer sino solamente a Dios.

24. Nuestro Señor le devuelve la paz

Un día, después de la comunión, si no me engaño, me manifestó que era el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes, y que, siendo su prometida hacía tantos años, de dónde me venía el querer romper con El toda amistad para unirme con otro.

> *«¡Oh! entiende que si me haces este desprecio, te abandono para siempre; pero si me eres fiel, no te dejaré jamás y me haré tu triunfo contra todos tus enemigos. Excuso tu ignorancia, porque no me conoces aún; pero si permaneces fiel y me sigues, te enseñaré a conocerme y me manifestaré a ti».*

Infundía con estas palabras tan grande calma en mi interior, y mi espíritu se halló en paz tan suma, que desde aquel momento me determiné a morir antes que cambiar. Me parecía entonces que mis lazos estaban rotos y que nada tenía que temer, pensando que aun cuando fuese la vida religiosa un purgatorio, me sería más dulce purificarme en ella el resto de mi vida, que verme precipitada en el infierno, tantas veces por mis grandes pecados y resistencias merecido.

25. A pesar de todo, religiosa

Estando, pues, decidida por la vida religiosa, el Divino Esposo de mi alma, temeroso de que me escapara aún de sus manos, me pidió que consintiera,

ya que soy débil, en que se apoderase e hiciese dueño de mi libertad. No puse obstáculo en dar el consentimiento, y desde entonces se apoderó tan fuertemente de mi albedrío, que no he gozado más de él en todo el resto de mi vida, y tanto se introdujo en mi corazón desde este momento, que, comenzando a comprenderle, renové mi voto. Le dije que, aun cuando me hubiese de costar mil vidas, no sería jamás otra cosa que monja, y me declaré resueltamente a la familia, suplicando se despidiera a todos los pretendientes, por ventajosos que fuesen los partidos que se me presentaran.

Viendo esto mi madre, no lloraba ya en mi presencia; pero lo hacía continuamente delante de todos los que le hablaban del asunto, los cuales no dejaban de venir después a decirme que sería la causa de su muerte, si la abandonaba, y que respondería de ello ante Dios, porque no tenía ella otra persona que le sirviese, y yo lo mismo podía ser religiosa después de su muerte que durante su vida.

Uno (1) de mis hermanos me quería mucho, e hizo cuantos esfuerzos pudo por separarme de mi intento, ofreciéndome parte de su hacienda para colocarme mejor en el mundo. Pero mi corazón había llegado a ser insensible a todo esto, cual si fuera una roca; sin embargo, aún tuve que permanecer en el mundo tres años en medio de todas estas luchas.

---

(1) Crisóstomo Alacoque

26. Las Ursulinas de Macon quisieron conquistarla

Me enviaron a casa de uno de mis tíos, (1) que tenía una hija religiosa, (2) la cual, sabiendo que yo quería serlo, no omitió medio alguno para llevarme consigo. Pero no sintiendo yo inclinación a la vida de las Ursulinas, le decía: «Considera que, si entro en tu convento, lo haré únicamente por amor tuyo, y lo que yo quiero es ir a uno donde no haya parientes, ni conocidos, a fin de ser religiosa por el amor de mi Dios.»

Con todo, como no sabía dónde tendría lugar esto, ni qué religión debía abrazar, no conociendo otras, pensé sucumbir aún a sus importunaciones, tanto más cuanto que amaba mucho a esta prima y se servía ella de la autoridad de mi tío, a quien no osaba resistir, porque era mi tutor y porque me decía que me amaba como a una de sus hijas, siendo éste el motivo de querer tenerme a su lado.

Y jamás quiso ya permitir a mi hermano volver a llevarme a casa, diciendo que se juzgaba, como tutor, dueño de mi persona. Mi hermano, el cual todavía no había querido consentir en que fuera religiosa, se indignó mucho contra mí, figurándose que estaba en inteligencia con mi tío en todo esto, para encerrarme en Santa Ursula, a pesar suyo, y sin consentimiento de mis parientes. Pero me hallaba muy distante de pensarlo así; tanto, que cuanto más me

(1) Filiberto Lamyn, hermano de la señora Alacoque

(2) Sor Santa Columba, Ursulina de Macon.

impelían hasta queriendo obligarme a entrar, mayor era mi disgusto. Decíame una voz secreta:

«No te quiero ahí, sino en Santa María.»

27. Quieren desviarla de la Visitación

Entretanto, no se me dejaba ir a la Visitación, aunque había allí muchas parientas, y se me decían cosas capaces de desanimar a los espíritus más resueltos; pero cuanto más hacían por separarme de ellas, más las amaba y sentía crecer el deseo de entrar en aquel convento, a causa del nombre siempre amable de Santa María, el cual me daba a conocer era ésta la religión que buscaba.

Y viendo un día un cuadro del gran San Francisco de Sales, me pareció que me dirigía una mirada tan paternalmente amorosa, llamándome su hija, que ya no le contemplaba sino como a mi buen Padre.

Pero no me atrevía a referir nada de esto, y no sabía cómo desprenderme de mi prima y de toda su Comunidad, pues tantos testimonios me daban de cariño, que no podía verme libre de ellas.

28. Brusca llamada de su familia

Estando ya a punto de abrírseme la puerta, recibí la noticia de que mi hermano se hallaba gravemente enfermo y mi madre muriéndose. Esto me obligó a partir inmediatamente para estar a su lado, sin que pudieran impedírmelo, aunque estaba deli-

cada, más que de enfermedad de pena por verme como forzada a entrar en un convento, a donde creía que no me llamaba Dios.

Caminé toda la noche, pues hay cerca de diez leguas, y así me libré de esta cruz para volver a tomar otra pesadísima, la cual no especificaré por haber escrito mucho sobre este asunto: baste decir que se redoblaron todas mis penas. Se me hacía ver que no podía mi madre vivir sin mí, pues el breve tiempo de mi ausencia era la causa de su mal, y que respondería a Dios de su muerte. Esto, dicho por eclesiásticos, me causaba crueles penas, por el tierno amor que le profesaba, y el demonio se servía de ello para hacerme creer que sería la causa de mi eterna condenación.

29. Imagen dolorosa

Por otra parte, mi Divino Maestro me instaba con tal fuerza a dejarlo todo para seguirle, que no tenía reposo, y me inspiraba tan gran deseo de asemejarme a su vida de dolores, que cuanto sufría, me parecía nada; por lo cual redoblé mis penitencias.

Vez hubo en que, arrojándome a los pies de mi crucifijo, le dije:

«Querido Salvador mío, ¡cuán feliz sería si imprimiérais en mí vuestra imagen dolorosa!». Y El me respondió:

«Es lo que pretendo, con tal que no me hagas resistencia y cooperes por tu parte.»

Para ofrecerle algunas gotas de mi sangre, me li-

gaba los dedos e introducía en ellos agujas; y además en cuaresma tomaba todos los días disciplina, si me era posible, para honrar los azotes de su flagelación. Mas por mucho que la prolongase, apenas podía sacar sangre que ofrecer a mi buen Maestro en cambio de la que El había derramado por mi amor. Y como era en las espaldas donde la recibía, empleaba en ella mucho tiempo.

Los tres días de carnaval, hubiera querido hacerme pedazos para reparar los ultrajes que hacen sufrir los pecadores a Su Divina Majestad; y en cuanto me era posible, los pasaba ayunando a pan y agua, dando a los pobres lo que recibía para mi alimento.

30. Ansias de comulgar

Pero mi mayor gozo al tratar de separarme del mundo, era pensar que comulgaría con frecuencia, pues no querían permitírmelo sino rara vez, y me hubiera creído la más feliz de la tierra si hubiera podido hacerlo muchos días, y pasar las noches sola delante del Santísimo Sacramento. Me sentía allí con una seguridad tal, que aun siendo medrosa en extremo, ni pensar en ello me ocurría desde que me hallaba en aquel sitio de delicias.

Las vísperas de la comunión sentíame abismada en tan profundo silencio, que ni hablar podía, sino violentándome, a causa de la grandeza de la acción que debía ejecutar, y cuando ya había comulgado, ni siquiera beber, ni comer, ni ver, ni hablar; ¡tan grandes eran la consolación y la paz de que gozaba!

Ocultábame cuanto podía para aprender a amar a mi Soberano Bien, el cual tan poderosamente me

estimulaba a devolverle amor por amor. Pero no creía poder amarle nunca por mucho que hiciera, si no aprendía a tener oración, pues no sabía sino lo que El me había enseñado, esto es, abandonarme a todos sus santos impulsos cuando podía encerrarme con El en algún lugar secreto. Mas no se me dejaba bastante tiempo libre para esto, porque me era preciso trabajar todo el día con los criados, y luego, a la tarde, no se hallaba cosa, en cuanto había hecho, capaz de satisfacer a los que vivían conmigo. Me daban tales gritos, que no encontrándome con valor para comer, me retiraba donde podía en busca de algunos momentos de paz, de la cual tenía un ardiente deseo.

Pero, quejándome sin cesar a mi Divino Maestro de que temía no poder agradarle en todas mis acciones —en vista del exceso de propia voluntad, pues hacía las mortificaciones a mi gusto, y no era para mí estimable sino lo practicado por obediencia— «¡Ay de mí, Señor mío —le decía—: dadme alguno que me conduzca a Vos!»

> «*¿No te basto Yo?* —me respondió—. *¿Qué temes? Una hijita tan amada como tú, ¿podrá perecer entre los brazos de un Padre Omnipotente?*».

31. Confesión con un Padre con motivo de un jubileo

No sabía qué cosa era la dirección; pero tenía gran deseo de obedecer, y su bondad permitió que viniese a casa un religioso de San Francisco y pasase

allí la noche para darnos tiempo de hacer nuestras confesiones generales (1).

Hacía más de quince días que tenía la mía escrita; porque, aunque la hiciera cuantas veces hallaba ocasión, siempre me parecía no haber hecho lo suficiente a causa de mis grandes pecados. Me sentía penetrada de tan vivo dolor, que no sólo vertía lágrimas en abundancia, sino también hubiera querido con toda mi alma, en el exceso de mi sentimiento, publicar mis culpas delante de todo el mundo. Y me arrancaba los más profundos gemidos el estar tan ciega, que no las podía conocer, ni explicar lo enormes que eran. Esta era la causa de escribir cuantas podía encontrar en los libros que tratan de la confesión, poniendo a veces cosas que me horrorizaba sólo de pronunciarlas. Pero decía entre mí: «Quizás las cometí y no lo conozca, ni lo recuerde; muy justo es, por lo tanto, que sienta la confusión de decirlas, para satisfacer a la Divina Justicia.»

Bien es verdad que si hubiera creído haber hecho la mayor parte de las cosas de que me acusaba, hubiera estado inconsolable. Y lo hubiera estado después por esta clase de confesiones, si mi Soberano Maestro no me hubiese asegurado que todo lo perdonaba a una voluntad sin malicia. Hice, pues, esta confesión, en la cual este buen Padre me obligó a pasar muchas hojas sin querer permitirme leerlas, aunque le pedí me dejase satisfacer mi conciencia, porque era mayor pecadora de lo que se figuraba.

---

(1) Fue el Jubileo concedido por Clemente X cuando su elevación al Pontificado en 1670. Fue concedido a la diócesis de Autun en 1671 y empezó el 22 de febrero, cuatro meses antes de la entrada de Margarita en la Visitación de Paray.

Esta confesión me dejó en suma tranquilidad. Le dije algunas cosas sobre mi manera de vivir, acerca de lo cual me dio muchos buenos consejos. Pero no osaba decir todo, por creer que era vanidad, de la cual tenía grandes temores por ser mi natural muy inclinado a ella, y pensaba que todo lo hacía por este motivo, no sabiendo distinguir el sentimiento del consentimiento. Esto me hacía sufrir mucho, porque temía en gran manera el pecado, que arrojaba a Dios lejos de mi alma. El buen Padre me prometió instrumentos de penitencia. Habiéndole dicho que mi hermano me retenía siempre en el mundo, haciendo ya cuatro o cinco años que instaba por ser religiosa, el Padre le hizo tener tan grande escrúpulo, que después el mismo hermano me preguntó si perseveraba en el designio de serlo, y habiéndole respondido que prefería morir a cambiar, me prometió satisfacer mis deseos.

32. ¡Si entrara al convento de las Ursulinas!

En su consecuencia, marchó para tratar la cuestión de mi dote, a verse con aquella buena prima, la cual no cesaba de perseguirme. Mi madre y los demás parientes querían que fuese religiosa en aquel convento. No sabía yo cómo librarme de esto; mas durante la ausencia de mi hermano, me dirigí a la Santísima Virgen, mi buena Madre, por medio de San Jacinto, a quien dirigí muchas plegarias. Hice también celebrar varias Misas en honor de mi Santísima Madre, la cual me consoló amorosamente diciéndome:

«Nada temas; tú serás mi verdadera hija, y yo seré siempre tu buena madre.»

Tanto me tranquilizaron estas palabras, que no me dejaron duda alguna de su cumplimiento, a pesar de las oposiciones.

Estando ya de vuelta mi hermano, me dijo: «Quieren cuatro mil francos; en ti está el disponer, como te plazca, de tus bienes, porque el asunto no está concluído.» Entonces le dije resueltamente: «Ni se concluirá nunca. Quiero ir a las Hijas de Sta. María, a un convento muy lejano, donde no haya ni parientas, ni conocidas, porque no quiero ser religiosa sino por amor de mi Dios. Quiero abandonar por completo el mundo, ocultándome en cualquier sitio retirado, para olvidarle y ser de él olvidada, y no volver a verle jamás.»

33. Elige la Visitación de Paray

Me propusieron muchos conventos, sin poder decidirme por ninguno; pero apenas se nombró a Paray, se dilató de gozo mi corazón, y al instante consentí. Mas era preciso hacer una visita a las religiosas, con quienes viví a la edad de ocho años, y tuve que sostener todavía un rudo combate. Me hicieron entrar llamándome su niñita y preguntándome por qué quería abandonarlas, pues me amaban tan tiernamente que no podían verme entrar en Santa María, sabiendo que no había de perservar. Les respondí que quería experimentarlo, y me obligaron a prometer volver a su convento, si salía del otro; porque sabían bien —decían— que jamás podría acos-

tumbrarme a estar allí. Y por mucho que me dijeron, no se conmovió mi corazón, antes se afirmaba más y más en su resolución, diciendo: «Es preciso morir o vencer.» Pero omito todos los demás combates que me vi obligada a sostener, por llegar prontamente al lugar de mi dicha, mi querido Paray.

34. Paray: "Aquí es donde te quiero"

No bien entré en el locutorio, oí interiormente estas palabras:

«Aquí es donde te quiero.»

En seguida dije a mi hermano que era preciso arreglar mi asunto, pues no iría jamás a otro convento. Le sorprendió tanto más mi lenguaje, cuanto que no me había llevado allí sino para darme a conocer a las religiosas de Santa María, y bajo mi promesa de no dejar traslucir mis intenciones; pero ya no quise volverme a casa sin que todo estuviese concluído. Después de terminado, me parecía haber recibido una nueva existencia. ¡Tan grandes eran el contento y la paz que sentía! Esto produjo en mí una alegría tal, que cuantos ignoraban lo sucedido decían: «¡Miradla, buenas trazas tiene de ser religiosa!» Y en efecto, me adornaba con más galas y me divertía como nunca lo había hecho, por el gozo que tenía de verme toda de mi Soberano Bien; el cual, mientras esto escribo, me reconviene muchas veces con estas palabras:

---

(1) Esta primera visita de Margarita en el locutorio, se remonta al 25 de mayo de 1671.

«Mira, hija mía, si podrás hallar un padre apasionado de amor por su hijo único, que haya tenido jamás tanto cuidado de él, y podido darle testimonios de amor tan tiernos, como los que te he dado Yo y te quiero dar del mío, el cual ha tenido tanta paciencia y tomado tanto trabajo para educarte y amoldarte a mi manera desde la más tierna edad, esperándote con dulzura, sin mostrar repugnancia en medio de todas tus resistencias. Acuérdate, pues, de que si algún día te olvidas del reconocimiento que me debes, no refiriendo a Mí la gloria de todo, ése sería el medio de secar para ti este manantial inagotable de todo bien».

35. Margarita entra en el Monasterio: 20 de junio de 1671

Habiendo llegado, finalmente, el día tan apetecido de dar el adiós al mundo, sentí tal gozo y firmeza en mi corazón, que estaba como insensible, tanto al cariño, como al dolor que me manifestaban todos, especialmente mi madre, y no derramé ni una lágrima al dejarlos. Porque me parecía ser como una esclava, que se encuentra libre de su prisión y de sus cadenas para entrar en la casa de su esposo, tomar de ella posesión y gozar con toda libertad de la presencia de éste, de sus bienes y de su amor. Así se lo decía Jesús a mi alma, la cual estaba como fuera de sí misma. No sabía alegar otro motivo de mi vocación de religiosa de Santa María, sino que deseaba ser hija de la Santísima Virgen.

Pero confieso que llegado el momento de entrar

(era un sábado), cuantas penas había padecido y muchas otras me asaltaron con tal violencia, que me parecía iba a separarse mi alma de mi cuerpo en la entrada misma. Mas al instante se me mostró que *había el Señor roto el saco de mi cautiverio, y revestídome con su manto de alegría;* (1) y de tal manera me transportaba el gozo, que decía a gritos: «Aquí *es donde Dios me quiere.*»

Sentí inmediatamente todo esto esculpido en mi espíritu: que aquella casa de Dios era un lugar santo: que cuantas en ella moraban debía ser santas; que el mismo nombre de Santa María me indicaba la obligación de serlo a toda costa, y que para esto era preciso abandonarse y sacrificarse a todo sin reserva ni miramiento alguno. Asíme se me hacía suave cuanto se me presentaba de más áspero en los principios.

Todos los días, durante algún tiempo, me despertaban las siguientes palabras, que oía distintamente, pero sin comprenderlas: Dilexiti justitiam y el resto del versículo, otras veces: *Audi, filia, et vide, etc.,* y tambien éstas: «Has hallado tus senderos y tu camino, ¡oh mi Jerusalén, casa de Israel! mas el Señor te guiará en todas tus empresas, y no te abandonará jamás.» Repetía todo esto, sin comprenderlo, a mi buena Maestra, (2) a la cual, y también a mi Superiora, (3) miraba como a Jesucristo en la tierra. Y como ni sabía, ni

---

(1) Salmo 29, 12.

(2) Sor Ana Francisca Thouvant, Maestra de Novicias, originaria de Paray y primera novicia recibida en el Monasterio, en su fundación, en 1626. Más tarde sería Superiora.

(3) Madre Margarita Jerónima Hersant, profesa del Primer Monasterio de Paris. Gobernó el de Paray de 1666 a 1672.

había tenido jamás regla ni dirección, estaba tan gustosa de verme sujeta, para tener el consuelo de obedecer, que me parecían oráculos todas sus palabras, y juzgaba que no debía temer cosa alguna, haciéndolo todo por obediencia.

36. La tela preparada

Pidiendo a mi Maestra que me enseñase a hacer oración, de la cual tenía grande hambre mi alma, no quiso creer que, habiendo entrado religiosa a la edad de veintitrés años, no supiese hacerla, pero después de habérselo yo asegurado, me dijo por primera vez:

«Id a colocaros delante de nuestro Señor Jesucristo, como una tela preparada delante de un pintor.» Hubiera yo querido la explicación de lo que me decía por no comprenderlo, pero no osaba pedírsela; mas el Señor me dijo:

«Ven, que Yo te lo enseñaré.»

Y tan pronto como fui a la oración, me hizo conocer que aquella tela preparada era mi alma, sobre la cual quería trazar todos los rasgos de su vida dolorosa, pasada toda ella en el amor, en las privaciones, en el alejamiento, en el silencio y en el sacrificio, hasta la consumación; que los imprimiría en mi alma después de haberla purificado de todas las manchas que le quedaban, sea de afición a las cosas terrenas, sea de amor a mí misma o a la criaturas, hacia las cuales tenía mi natural complaciente demasiada inclinación.

Me despojó en un momento de todo, y después

de haber dejado mi corazón vacío y desnuda por completo mi alma, encendió en ésta un deseo tan ardiente de amar y sufrir, que no me dejaba momento de reposo. Tan de cerca me perseguía, que no hallaba tiempo sino para pensar en cómo podría amarle crucificándome; y tal ha sido siempre su bondad para conmigo, que nunca ha dejado de proveerme de medios para ello.

37. San Francisco de Sales modera su ardor por la penitencia

Aunque nada ocultaba a mi Maestra, tenía, sin embargo, el designio de dar más amplitud de la que era su intención a sus permisos, respecto a las penitencias. Y habiéndome formado de esto como un deber, mi santo Fundador me reprendió tan ásperamente, sin dejarme pasar adelante, que nunca he tenido ánimo para volver a intentarlo. Porque sus palabras quedaron para siempre grabadas en mi corazón: «Y bien, hija mía, ¿piensas poder agradar a Dios traspasando los límites de la obediencia, que es el principal sostén y fundamento de esta Congregación, y no las austeridades?»

38. Toma de hábito: 25 de agosto de 1671

Al fin pasó el tiempo de mis pruebas, ardiendo yo en deseos de ser toda de Dios, y haciéndome El la misericordia de aguijonearme continuamente para que llegase a esta dicha. Estando ya revestida con nuestro santo hábito, me dio a conocer mi Divino

Maestro que éste era el tiempo de nuestros desposorios, los cuales le daban un nuevo dominio sobre mí y me imponían una doble obligación: la de amarle y la de hacerlo con amor de preferencia. En seguida me declaró que, a la manera de los más apasionados amantes, me haría gustar, durante este tiempo, cuanto hay de más dulce en la suavidad de sus amorosas caricias. En efecto, tan excesivas fueron éstas, que con frecuencia me sacaban fuera de mí y me volvían incapaz de hacer cosa alguna.

Hundíame esto en tal abismo de confusión, que no osaba comparecer ante nadie, de lo cual me corrigieron manifestándome no ser éste el espíritu de las Hijas de Santa María, nada amante de caminos extraordinarios, y que no me recibirían, si no me apartaba de todo.

39. Vanos esfuerzos para retenerla en la vía común

Quedé, por lo tanto, sumida en una gran desolación, durante la cual puse todos mis esfuerzos, sin perdonar medio alguno, para separarme de esta senda; pero todo fue inútil. Sin que yo lo comprendiese, trabajaba por su parte con el mismo objeto mi buena Maestra, pues viéndome con mucha hambre de oración y de aprender a hacerla, y que, a pesar de todos mis esfuerzos, me era imposible seguir los métodos por ella señalados, teniendo precisión de volver siempre al de mi Divino Maestro, aunque hiciese todo lo posible para olvidarle y separarme de él, me señaló por auxiliar de una oficiala, que me hacía trabajar durante la oración. Después de lo cual iba a pedir permiso para volver a empezarla, y mi Maes-

tra me corregía ásperamente diciéndome que la hiciese ocupada en los ejercicios manuales del Noviciado.

Así lo hacía, sin poder nada de esto distraerme del suave gozo y consolación de mi alma, antes bien, los sentía ir siempre en aumento. Se me ordenó asistir a los puntos de la meditación por la mañana, y salir, después de oídos, a barrer el lugar que se me designase, hasta la hora de rezar prima.

Terminada ésta, se me pedía cuenta de mi oración, o más bien, de la que en mí y por mí hacia mi Soberano Maestro, no llevando yo en todo ello otra mira, sino la de obedecer, en lo cual sentía un placer sumo, por grandes que fuesen las penas de mi cuerpo al ejecutarlo. Luego cantaba:

Cuantas más contradicciones
encuentre en mi casto amor,
tanto más crece la llama
que el Bien Unico encendió

Que me aflijan noche y día
no me robarán mi Dios;
cuanto es más grande el tormento,
más me une a su Corazón.

40. Hambre de humillaciones y mortificaciones

Tenía un hambre insaciable de humillaciones y mortificaciones, si bien se resentía vivamente mi sensibilidad natural.

Mi Divino Maestro me apretaba sin cesar a que las pidiera, y esto me las proporcionaba excelentes,

pues aunque se me negaban las mortificaciones pedidas como indigna de hacerlas, se me imponían, otras no esperadas y tan opuestas a mis inclinaciones, que me veía obligada, en el violento esfuerzo que debía hacerme, a decir a mi buen Maestro: «¡Ay de mí!, venid en mi ayuda, ya que Vos sois la causa.» Y El lo hacía diciéndome:

«Reconoce, pues, que nada puedes sin Mí; Yo no dejaré nunca de socorrerte, con tal que tengas siempre tu nada y tu debilidad abismadas en mi fortaleza.»

41. Una repugnancia natural combatida

No hablaré sino de una sola de esa clase de ocasiones mortificativas, superior a mis fuerzas, en la que me hizo verdaderamente experimentar el efecto de su promesa.

Es una cosa hacia la cual tenía toda mi familia una aversión natural tan grande, (1) que al firmar el contrato de recepción exigió mi hermano que no se me obligara jamás a hacerla. No hubo dificultad en concedérselo, siendo cosa de suyo indiferente.

Pues en eso me fue preciso ceder, porque se me atacó por todas partes con tal vehemencia, que no sabía ya qué resolución tomar, tanto más, cuanto me parecía mil veces más fácil sacrificar mi propia

---

(1) Se trataba del queso. ¿Había por él una alergia familiar? En todo caso tanta repugnancia por algo tan ordinario en Francia como es el queso, pudo parecer, a quienes no sufrían esa repugnancia algo ridículo. Para ellos era una insignificancia; para la Santa no.

vida, y si no hubiera amado mi vocación más que mi existencia, habría entonces preferido abandonarla antes de resolverme a ejecutar lo exigido. Pero era en vano el resistirme, pues mi Soberano quería este sacrificio, del cual dependían otros muchos. Tres días estuve combatiendo con tanta violencia, que excitaba la compasión, especialmente de mi Maestra, delante de la cual reconocía desde luego la obligación de hacer lo que me decía, y después me faltaba el valor. Me moría de pena de no poder vencer mi natural repugnancia y le decía:

«¡Ay! ¡Por qué no me quitáis la vida antes que dejarme faltar a la obediencia!» Al oírlo me rechazó: «Id —dijo—, no sois digna de practicarla, y ahora os prohibo hacer lo que os mandaba.»

Esto me bastó. "Desde luego, —dije— «Es necesario morir o vencer» Me fui ante el Santísimo Sacramento, mi ordinario refugio, donde permanecí unas tres o cuatro horas llorando y gimiendo para obtener la fuerza de vencerme: «¡Ay de mí! ¿Me habéis abandonado, Dios mío? Y bien, ¿ha de haber aún reserva alguna en mi sacrificio, y no ha de ser del todo consumado en perfecto holocausto?»

Mas mi Señor, queriendo llevar hasta el extremo la fidelidad de mi amor hacia El, como después me lo ha manifestado, se complacía en ver combatir en su indigna esclava al amor divino contra las repugnancias naturales. Por fin salió victorioso; porque sin otra consolación ni otras armas que las palabras siguientes:

«Nada ha de negarse al amor»

Fui a arrojarme de rodillas ante mi Maestra, pidiéndole por piedad me permitiese hacer lo que de mí había

deseado. Finalmente lo hice, si bien no he sentido jamás repugnancia tan grande, la cual se renovaba todas las veces que debía hacerlo, sin dejar por eso de seguir ejecutándolo durante ocho años.

42. Sobreabundancia de gracias después del vencimiento

Después de este sacrificio fue cuando se duplicaron todas las gracias y favores de mi Soberano; y de tal modo inundaron mi alma, que me veía obligada a decir con frecuencia:

«Suspended, Dios mío, este torrente que me anega, o dilatad mi corazón para recibirlo.» Pero suprimo todas estas predilecciones y profusiones del puro amor, pues eran tan grandes, que no podría convenientemente explicarlas.

43. Temores por su vocación. Jesús responde por ella

Se me atacó todavía sobre este particular al acercarse el tiempo de mi Profesión, diciéndome que se veía claramente que no era a propósito para adquirir el espíritu de la Visitación, el cual miraba con recelo todo ese género de vías sujetas a la ilusión y al engaño.

Representé al instante a mi Señor esto, dándole mis quejas: «¡Ay de mí! ¿Seréis, Señor mío, la causa de que se me despida?»

A lo cual me respondió:

«Di a tu Superiora (1) que no hay razón para temer el recibirte, pues Yo respondo de tí, y seré tu fiador si me juzga capaz de serlo.»

Habiendo dado cuenta de esto a mi Superiora, me ordenó pedirle, como prenda de seguridad, que me hiciese útil a la santa religión por la práctica exacta de todas las observancias. Sobre este punto me respondió su amorosa bondad:

«Y bien, hija mía, todo esto te concedo, pues te haré más útil a la religión de lo que ella piensa; pero de una manera que aún no es conocida sino por Mí; y en adelante adaptaré mis gracias al espíritu de la regla, a la voluntad de tus Superioras y a tu debilidad, de suerte que has de tener por sospechoso cuanto te separe de la práctica exacta de la regla, la cual quiero que prefieras a todo. Además, me contento de que antepongas a la mía la voluntad de tus Superioras, cuando te prohiban ejecutar lo que te hubiere mandado. Déjales hacer cuanto quisieren de ti: Yo sabré hallar el medio de cumplir mis designios, aun por vías que parezcan opuestas y contrarias. No me reservo sino el dirigir tu interior y especialmente tu corazón, pues habiendo establecido en él el imperio de mi puro amor, jamás le cederé a ningún otro.»

Nuestra Madre y nuestra Maestra quedaron contentas de todo esto, cuyos efectos tan sensiblemente

---

(1) La madre María Francisca de Saumaise, profesa del Monasterio de Dijon, elegida Superiora en Paray el día de la Ascensión de 1672.

se manifestaron, que no podían dudar de que procediesen de la verdad mis palabras, pues ni sentía turbación alguna en mi interior, ni cuidaba de otra cosa sino de cumplir la obediencia, por mucho que para ello debiera sufrir. Pero me servían de martirio insoportable la estima y complacencia con que se me trataba y mirábalas como un justo castigo de mis pecados, los cuales me parecían tan enormes, que me hubiera sido dulce el sufrir todos los tormentos imaginables para expiarlos y satisfacer a la divina justicia.

44. Profesión religiosa: 6 de noviembre 1672

Conseguido el tan deseado bien de la Santa Profesión, en el día mismo que la hice, quiso mi Divino Maestro recibirme por su esposa; pero de una manera imposible de explicar. Sólo diré que me hablaba y trataba como si estuviera en el Tabor, siéndome esto más duro que la muerte, por no ver en mí conformidad alguna con mi Esposo, al cual miraba desfigurado por completo y desgarrado sobre el Calvario.

Pero El me dijo:

«Déjame hacer cada cosa a su tiempo, pues quiero que seas ahora el entretenimiento de mi amor, el cual desea divertirse contigo a su placer, como hacen los niños con sus muñecos. (1) Es

(1) El muñeco para Margarita; la escoba para Bernardita; la pelota para Teresa de Lisieux, son otras tantas imágenes de la actitud del alma enteramente entregada al puro amor de Dios.